

Bajo el signo del laicismo

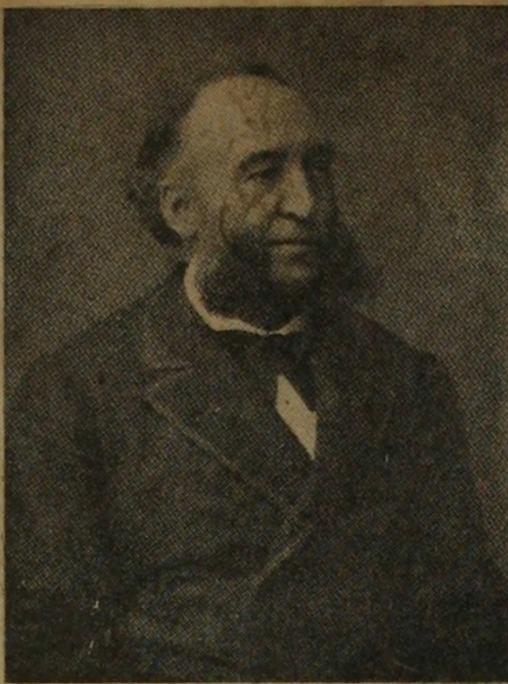
Conmemoración de Jules Ferry

= De El Sol, Madrid. =

En este tiempo de estío, cuando madura el grano, conmemora Francia, con rito cereal y latino de infantes y espigas, la madurez de *l'enseignement secondaire des jeunes filles* y la madurez del laicismo. Desde París hasta la aldea última, todas las Galias han sido recientemente fiesta civil y gozosa liturgia virgiliana ante la cosecha de una siembra que ahora ha fructificado, puntual como la clavija a los veintiocho días, en las fechas del centenario.

Por los caminos normandos, que prolonga la ternura del musgo, y aquellos caminos de la Turena, hechos para el delfín en el Renacimiento, y los caminos albigenses del Languedoc, y esos caminos mistralianos de Provenza, bajo versos en pérgola y pámpanos en cruz, acaban de avanzar candidas teorías juveniles con brazadas de *devoirs* y haces retóricos para la estatua patilluda de Jules Ferry, arquitecto de la laicidad francesa. Friso panatenaico y unánime en el Partenón neoclásico de un país donde la tragedia se ha peinado siempre con las doce púas del alejandrino, y el drama, falto de ambiente, ha tenido que encerrarse entre los muros en bochorno de Port-Royal. Como ningún otro pueblo en la época moderna, Francia ha heredado la virtud antigua—*virtú contra furor*, romana y petrarquiana—de identificar dos términos tan dispares como ruralidad y urbanidad. Allí, donde los campos son jardines y es el lirismo de los ríos cartesiana geometría de cristal, la procesión laica ha podido ahora andar por fuera sin que la hostilidad partidista turbase la serenidad de esa teoría pedagógica que ha conmemorado, al pintar las primeras uvas, el aniversario de la escuela civil. Pero en esta España desolada y desalada de 1931, en esta España donde el adjetivo *civil* no ha intimado nunca más que con *guerra*—toda en desgarraduras por la derecha y la izquierda—, tanto la procesión del Corpus Cristi como la procesión del laicismo, ante un cielo en borrasca artillado de enconos, tienen que renunciar a la exterioridad y andar por dentro.

Es el laicismo francés obra de Jules Ferry, el loresano. En Lorena nació, va para un siglo, el gran cartista que dió a la República esa *Charte de l'enseignement primaire* que ahora se celebra. Era de la parroquia de Saint-Dié, el laico. De la parroquia de Saint-Dié, vecina a las tierras



Jules Ferry

de Mauricio Barrés, el nostálgico. Pero nada en Jules Ferry de barresiano. A la diversidad del carácter y el etnicismo exasperado, Ferry prefería la dogmática igualitaria de la democracia, plantada en anchuras de universalidad. De la Lorena no se había llevado a París, tatuada en sus ojos de niño, la imagen del monte de Santa Odilia, sino esa plaza Estanislao, de Nancy, y ese museo provincial donde la cultura gana a todas las parcialidades: dos Waterloos decisivos de totalidad ecuménica.

Sus principios eran los principios dieciochescos. En él daban un último reflejo—aunque apagado y avulgarado—las luces de racionalidad y de plata de la Ilustración. Se había formado en los folletones de Condorcet, que convertían en periodismo fácil y en tópico comunicante la filosofía amable de Locke y sus discípulos. Hijo de la Lorena y nieto de Montesquieu, Jules Ferry adopta como norma de su laicismo el ideal setecentista de *les honnêtes gens*. Sus tablas de la ley están grabadas con los fríos punzones de la filantropía británica. Era un filántropo. Nada menos. Pero tampoco nada más.

Porque hay algo más que la filantropía. Hay algo más, ingleses, sobre la tierra y bajo el cielo—para decíroslo con palabras

Eugenio Montes

de Shakespeare—que lo que con filosofía. Hay eso: el cielo. Ha transida de trasmundo que se l gión. Cuando las tablas de la le ma con verbo ígneo el Antiguo Te desembarcan en Inglaterra, conse mandamientos, pero pierden en a fríos álgidos lo que tienen de vehemien y de fuego. La filantropía es religiosidad glacial. Se hiela tanto en las doctrinas laicas británicas el amor almado del cristianismo, que los diez mandamientos toman allí un aire de libro de contabilidad, de cálculo mercantil y balance de fin de año.

Un Max Schéler llega a calificar la filantropía británica de "producto resentido". Es la reacción de un alma que siente, por encima de todas, la belleza de la profecía. Al profeta opone el laico, Goethe, en una anécdota de sobremesa no exenta de doctrina. Pero esa oposición es más que nada una oposición termométrica. Discrepan el profeta y el laico en su sentido de la temperatura, ya que puedan coincidir en la dogmática.

Los dogmas del laicismo, tal como Jules Ferry los expone, no contradicen los dogmas mundanos de la catolicidad. Textualmente instituye Ferry el laicismo para "una nueva colaboración en pro de la solidaridad y la concordia humanas". No cifraba él su afán—sépanlo nuestros laicizantes—en separar, sino en unir. Todavía son de Ferry estas palabras: "Que la escuela laica no sea un arma de combate para que unos ciudadanos luchan con otros". Comentándolas, dice el apologista en un libro reciente—A. Salcedo: *Cinquante ans d'école laïque*—que si el laico fuese sectario, no sería laico ya. Por su ausencia de sectarismo y por el lento y metódico tacto que ha presidido a su implantación—todavía ni siquiera iniciada en Alsacia—, puede ser el laicismo francés fuente de unanimidad civil, alumbrada en cimas de humanismo, y lanza de cristal y estímulo para un catolicismo de vanguardia que vuela por aires matinales con plumas arrancadas al ala eterna del ángel escolástico. Que el laicismo español, si es, sea, como el francés, pulcra separación de poderes y emulación de universalidad renaciente. Que sea lo que no será en estas tierras, donde media vuelta a la izquierda es como media vuelta a la derecha. Todo lo contrario. Pero a la vez lo mismo.

Madre.—Hija mía muy amada, muy querida palomita: ya has oído y notado las palabras de tu señor padre. Ellas son palabras preciosas y que rara vez se dicen y se oyen, las cuales proceden de las entrañas en que estaban atesoradas y tu muy amado padre que sabe eres su sangre y su carne, te las dice y por su amor quiere que las tengas presentes. Ellas solas serían suficientes para modelar tu corazón; pero para cumplir mi deber, quiero también decirte algunas palabras. Lo primero que te diré es que guardes las que tu padre ya te dijo,

porque son todos consejos muy preciosos. Hija mía, perfumito de copalli, quiero decirte, primero, que nunca manches tus labios ni tu corazón con la mentira; doquiera que estés, piensa y obra bien, porque los dioses te oyen, mira que vivas en el mundo con paz y reposo y contentos los días que vivieres; mira que no te infames; que no manches tu honra; que no manches el lustre y fama de nuestra familia, de la que vienes; mira que a ti y a tus padres honres. Mira hija mía, a quien amo tiernamente, que nunca te acontezca afeitarse la cara, o poner co-

lores en la boca para parecer bien, porque esto es señal de mujeres mundanas. A los que encuentres no los mires con ojos de persona enojada, ni hagas semblante de incomodidad, sino que mira a todos con cara serena. Haciendo esto no darás a nadie ocasión de enojarse contigo. No camines volviendo la cara a todos lados, no apures el paso ni tampoco vayas muy lento: el andar violento es resabio de inquietud y poco asiento. Cuando hables, no levantes mucho la voz, ni tampoco hablarás muy bajo. Cuida que tus vestidos sean honestos,